

HORACIO QUIROGA

CUENTOS ESENCIALES

SELECCIÓN Y PRÓLOGO: VICTORIA RIGIROLI



Horacio Quiroga

Cuentos esenciales

Selección y prólogo de Victoria Rigiroli

Colección Filo y contrafilo dirigida por
Adrián Rimondino y Enzo Maqueira.
Ilustración de tapa: Fernando Martínez Ruppel.

Cuentos esenciales Horacio Quiroga

es editado por

EDICIONES LEA S.A.

Av. Dorrego 330 C1414CJQ

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: info@edicioneslea.com

Web: www.edicioneslea.com

ISBN 978-987-634-532-3

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como
su almacenamiento electrónico o mecánico.

Todos los derechos reservados.

© 2015 Ediciones Lea S.A.



Prólogo

El último día del año 1878, en Salto, Uruguay, nacía Horacio Silvestre Quiroga Corteza; de padre diplomático argentino, la ambivalencia a la hora de establecer su nacionalidad resultó el primero de los augurios de una vida que iba a estar signada por el movimiento pendular, entre las dos márgenes del Río de la Plata, en primera instancia, y entre la vida urbana que las dos capitales ribereñas le ofrecían, y la vida agreste de la selva misionera en la que se encontró a sí mismo y a buena parte de su mejor literatura, en segundo lugar. Resulta imposible concebir a un Quiroga libre de estas escisiones, de la misma manera en la que, tal vez, el conjunto de su obra cobra un sentido diferente cuando se lo analiza a la luz de las particularidades de su biografía. Porque si bien es cierto que los paisajes se imprimieron con tanta fuerza en sus textos que por momentos parecen esclavizarlos, también es verdad que la calidad de sus tramas y argumentos más lúgubres encuentran profundidad dramática y contundencia expresiva en la vida del autor, una vida cuya característica más resonante es la de estar signada por la tragedia.

Su vida

Ya mencionamos su fecha de nacimiento y dijimos que su padre era un cónsul argentino asignado al Uruguay; lo que no mencionamos fue que el mismo murió cuando el futuro escritor contaba tan sólo con unos pocos meses de vida; un incidente de caza, la escopeta que llevaba se disparó accidentalmente. Algunos años después, su madre volvió a casarse con un hombre por el que Quiroga llegó a tener gran estima; esto no evitó, sin embargo, que viéndose hemipléjico a causa de un derrame cerebral, su padrastro trabajosamente consiguiera quitarse la vida; nuevamente una escopeta, accionada ahora por el único pie que conservaba movilidad.

Estas dos circunstancias trágicas, sin embargo, no fueron más que el prólogo de muchas otras, que se fueron sucediendo: dos de sus hermanos murieron en cuestión de días a causa de una epidemia de fiebre tifoidea, en Chaco; su primera historia de amor, con María Esther Jurkovski, se convierte rápidamente en su primer fracaso romántico luego de la oposición de ambos padres (más tarde, Quiroga tomaría esta circunstancia y la ficcionalizaría varias veces, de estas obras, la más conocida es el cuento “Una estación de amor”, que abre esta antología); un primer viaje que se suponía iniciático, al París del año 1900, concluiría muchísimo más rápido de lo esperado, y devolvería a Uruguay, tan sólo cuatro meses después de haber partido, a un Quiroga pobrísimo y humillado, que ha conocido en

primera persona al fracaso en una de las principales capitales artísticas europeas.

Finalmente, y como corolario de esta etapa, 1902 lo pondrá frente a un evento que marcará su vida para siempre, incluso en lo que atañe a su domicilio. Uno de los amigos de Quiroga y compañero en ese verdadero laboratorio de experimentación literaria rioplatense que fue “El Consistorio del Gay Saber”, Federico Ferrando había editado un libro que no fue bien recibido por la crítica, entre los responsables del rechazo estaba Guzmán Papini y Zas que se entreveró con el autor en una disputa para la que ambos convinieron un único final posible: un duelo. Preocupado por la suerte que fuera a correr su amigo, Quiroga fue hasta la casa de Ferrando antes del duelo y le propuso revisar el arma que iba a utilizar; un mal movimiento bastó para que el arma se disparara accidentalmente y una bala entrara por la boca de su amigo, que iba a morir en el acto. Después de que se probara la naturaleza netamente accidental del hecho y de ser puesto en libertad, un Quiroga agobiado por la culpa y la tristeza se marcharía de Uruguay para fijar su residencia, junto a una de sus hermanas, María, en Buenos Aires.

El horizonte geográfico cambiaría, y durante un tiempo largo, Quiroga, que comenzó a participar cada vez de manera más frecuente en varias publicaciones de la época, así como también de los círculos literarios que se iban formando, también se vio alejado del sino de tragedia que, en tierras uruguayas, había sido casi una constante en su

vida. En Buenos Aires conoce a uno de sus escritores más admirados, Leopoldo Lugones, y trata con él al punto de trabar una verdadera amistad.

Es justamente acompañando a este emblemático personaje de la literatura argentina, que Quiroga llega por primera vez hasta Misiones, hasta San Ignacio, lugar que se convertiría, unos años más tarde, en su residencia permanente, así como también en el paisaje y la razón de ser de sus mejores cuentos. Quiroga llega a la selva oficiando de fotógrafo, su tarea consistía en documentar en imágenes la expedición de estudio a las ruinas jesuíticas que el Ministerio de Instrucción Pública le había encargado a Lugones. Una vez allí todas las afecciones físicas (asma, dispepsia) que lo habían acompañado desde siempre, de-saparecieron súbitamente, siguiendo el mismo camino que emprendió el pequeño arsenal de medicamentos que había llevado consigo: el fondo del río Paraná.

De vuelta en Buenos Aires, Quiroga empieza a barajar la idea de la migración; el destino que elige para radicarse en esta primera oportunidad es Chaco. Su pionera idea era dedicarse al cultivo del algodón; siempre preocupado por encontrar una fuente estable de sustento, no iba a tener ninguna fortuna en esta actividad en particular y tras dos años de intentos en Chaco, regresó, resignado, a Buenos Aires.

No iba a ser este, sin embargo, el último intento del autor por encontrar un ingreso seguro proveniente de la industria

o la agricultura, ya viviendo en San Ignacio iba a probar un sinnúmero de distintas posibilidades e inventos; desde la fabricación de un dulce a base de maní y miel, hasta la producción de unas macetas ideadas por él y destinadas al trasplante de yerba; desde el maíz quebrado hasta la destilación de las naranjas; desde unos mosaicos de bleck y arena ultra resistentes hasta el anhelo de crear un tipo de carbón; ninguna de estas actividades terminó siéndole verdaderamente redituable, pero, en algunos casos, sí le sirvieron de inspiración para muchos de los cuentos en los que hasta pareciera darse el lujo de reírse de sus permanentes y ligeramente ingenuas ocurrencias.

Cabe aclarar, sin embargo, que no era la ambición desmedida lo que lo llevaba a probar suerte en distintos ámbitos de la producción, sino, realmente, la necesidad; Quiroga participaba periódicamente con sus textos en muchas publicaciones, pero ni ellas ni, mucho menos, sus libros, le ofrecieron una garantía económica; el tema lo obsesionaba y llevaba un meticuloso registro de los ingresos que obtenía de la literatura, pero los mismos, pese a sus muchos esfuerzos, nunca fueron ni remotamente suficientes; la escritura no se entendía todavía como una actividad profesional que mereciese una compensación acorde a los sacrificios que exigía, sino más bien como un privilegio de clase, al que solamente podían acceder aquellos cuyas desahogadas existencias les aseguraran una supervivencia, como mínimo, sin sobresaltos. Nada más lejano a esa

descripción que Quiroga quien, finalmente, pudo lograr su anhelada renta fija gracias a un figurativo cargo como funcionario menor de la embajada uruguaya en Argentina, merced a la intervención de unos amigos que se apiadaron de su paupérrima condición.

Pero volvamos a los primeros años del siglo XX, volvamos a ese tiempo en que vivir de la literatura todavía era un sueño, difícil de alcanzar, pero que no revestía ese carácter de imposibilidad ontológica que le descubrió el tiempo. Después de la fallida experiencia algodонера chaqueña y desempeñándose como profesor en Buenos Aires, Quiroga se enamora de una de sus alumnas, Ana María Cirés, una muchacha de tan sólo quince años; de más está decir que el autor se enfrentó a la negativa casi ineludible de la familia de la joven; pero su tenaz insistencia terminó pudiendo más y el 30 de diciembre de 1909 se casaron y partieron rumbo a San Ignacio, donde Quiroga tenía pensado fijar residencia para la joven pareja.

Esta primera estadía en Misiones merece un párrafo aparte, no sólo por las implicancias que tuvo para la totalidad de los aspectos de su vida, sino porque fue, probablemente, el período que más profundamente se imprimió en su literatura. En lo que hace a los avatares de su biografía, empecemos por señalar que la crudeza de las condiciones de vida, que no eran desconocidas para Quiroga después de su período en Chaco, pero sí para su joven mujer, se impusieron rápidamente como un elemento de

discordia en la relación de la pareja. Quiroga debió construir todo lo necesario para su subsistencia, su casa, sus muebles, y además debió, con enormes esfuerzos, desbrozar y preparar para el cultivo un terreno rústico, salvaje.

El nacimiento de los dos hijos de la pareja (Eglé y Darío) no contribuyó a llevar la paz al hogar. Quiroga creía fundamental que sus hijos se criaran en un vínculo estrecho con la naturaleza, y consideraba que, para evitarles miedos contraproducentes y estimular el desarrollo del sentido de la responsabilidad, debía dejar y hasta promover el hecho de que sus niños se vieran en situaciones capaces de producir estupor en los testigos (incluida su mujer y, muy fundamentalmente, su suegra que se había mudado a San Ignacio tras enviudar, siguiendo a su única hija); a manera de ejemplo: dejarlos solos durante toda una noche en medio de la selva; obligarlos a sentarse en una cornisa, con los pies colgando en el vacío; dejarlos manipular armas de fuego siendo aún niños, entre muchas otras situaciones que, si bien obedecían a su estricto plan educativo y eran motivo de su orgullo (varios de sus cuentos mencionan esta novedosa y singular “pedagogía”, entre ellos, en esta antología, “El hijo”), también eran fuente permanente de conflicto en el seno de la familia. El conflicto y las peleas fueron demasiado para Ana María quien, en 1916 y después de una gran discusión, ingirió una fuerte dosis de veneno que, tras ocho días de una larga y penosa agonía, finalmente terminó con su vida.

Solo y con dos hijos pequeños, Quiroga vuelve a Buenos Aires a fines de ese año y, pese a su voluntad y su permanente anhelo de regresar a vivir a la selva, permanece en la ciudad hasta 1932.

Sus obras

Este período de su vida y de su actividad escrituraria será por el que más se lo recuerde, el grueso de su producción estará condensado en los años que van desde 1917 a 1926. En 1917 verá la luz la primera edición de *Cuentos de amor de locura y de muerte*, una recopilación de historias breves que hará famoso a su autor casi instantáneamente. Al año siguiente Quiroga editará *Cuentos de la selva*, una compilación de los cuentos que les contaba a sus dos hijos y que revestirá la novedad de ser una de las primeras muestras de literatura infantil realizada en este rincón del continente. Dos años más tarde, y siempre a través de editoriales porteñas, publicaría *El salvaje*, nuevamente una recopilación de historias que ya habían salido en distintos diarios y revistas de la época; también en esta oportunidad, como en *Cuentos de amor de locura y de muerte*, la característica más saliente del libro es la buscada heterogeneidad a la hora de elegir tanto la temática como la ambientación de las historias.

A este respecto varias son las posibles clasificaciones que se